

calles y suntuosos edificios. Una parte de las casas está edificada con ladrillo y no cede en lujo, elegancia y comodidad á las casas de San Francisco y Sacramento. Marysville debe su situacion escepcional á ser un gran centro mercantil y á servir como Sacramento la mayor parte de las minas del Norte. Consta lo menos de 15,000 habitantes y sus afueras son seguramente los jardines de la California.

La tarde de mi llegada, paseándome por la ciudad, fui testigo de una lucha de pugilato. Dos americanos habian tenido palabras y se sacudian de lo lindo. Cada cual procuraba saltar un ojo á su adversario ó romperle las mandíbulas. Un numeroso corrillo rodeaba á los pugiles escitándolos con el gesto y aun con palabras. Nadie se entrometia á poner paz, ni aun el *policeman*, espectador como los demás y que al parecer contaba los golpes. ¡Desdichado de aquel, que, movido por un sentimiento de humanidad se hubiera interpuesto! Los dos combatientes se menudeaban los puñetazos, á cuyo golpeteo se mezclaban algunos gemidos sordos. Finalmente, uno de los campeones cayó bañado en su sangre y entonces el *policeman* entró en atribuciones ayudándolo á ir á su casa.

VI.

Vuelta á San Francisco.—Ciudades del litoral.—El rio Teather.—El capitán Sutter.—Todavía San Francisco.—El teatro francés.—Los *negroes*.—Dramas chinos.—El circo.—Victoria de Alberto.—El músico Hall.—Cafés líricos.—Recepcion del general Scot en San Francisco.—Ciudades litorales del Sur.—Monterey, Santa Bárbara, San Pedro y los Angeles.—San Diego.—Litoral del Norte.—Porvenir de California.

Por la mañana con la aurora salí de Marysville en el *steamer* de Sacramento. Las aguas del Teather River ó de la Pluma, como lo llaman los franceses, estaban á la sazón bajas, porque hacia seis meses que no habia caído una gota de agua. Además todos los mineros de Yuba echaban en ellas los despojos de sus lavaderos, y arrastraban una especie de limo pajizo que levantaba sin cesar el fondo.

Todos estos inconvenientes hacian la navegacion difícil. Nuestro barco, casi plano, era tambien muy lento. Sentado en la proa, desde donde dominaba el rio, el timonero media con la vista el surco trazado. Muchas veces un banco de arena salía por encima del agua, cuya superficie anunciaba tambien á cada instante un escollo apenas cubierto. La línea que debía seguirse era matemática; una desviacion de algunos pies á la derecha ó á la izquierda, nos hubiera encañado inmediatamente; y así que el capitán y el timonel rivalizando en solicitud, seguian un hilo de agua con un cuidado de que no pudiera darse idea. Sin embargo, es de moda en Francia citar la insen-

satez de los marineros americanos, el poco cuidado que se tiene en los vapores de los Estados-Unidos y la imprudencia de los maquinistas de los ferrocarriles. Y todo porque dos capitanes ébrios quieran superar la rapidez del Misisipi, ó porque una caldera estalle, ó un wagon se descarrile, como si tales hechos no tuvieran tambien lugar entre nosotros, y no debieran reproducirse con mas frecuencia entre los americanos, que tienen ellos solos tantos vapores, máquinas y ferro-carriles como toda Europa, y cuyos periódicos, absolutamente libres, dan cuenta al instante del menor accidente.

Yo he viajado mucho por los Estados-Unidos en diligencia, en camino de hierro, en vapor, y siempre he visto tomar todas las precauciones que aconsejaba la prudencia; precauciones, por otra parte, que entran en el carácter frio y práctico de los yankees. Jamás he tenido que sufrir ningun percance, ni aun en mi viaje á Teather River.

Esta navegacion fue de las mas felices y agradables. Las orillas bajas que íbamos siguiendo, me recordaban las pintorescas márgenes Saone. Grandes árboles velaban la vista, pero por entre sus claros aparecian con frecuencia estendidas y cultivadas llanuras. A veces alguna vaca que venia á beber á la orilla, huía espantada al ver avanzar el barco que vomitaba ruidosamente el humo y el vapor por la abertura de su chimenea.

A la orilla de este rio está actualmente establecido el capitán Sutter, el General, como lo llaman los americanos, el cual ha fundado una gran quinta en el condado que lleva su nombre. Este veterano de los mineros de California se ha aprovechado poco de un descubrimiento, de que ha sido, por decirlo así, el primer autor. Casi espulsado de los terrenos en que se edificara la ciudad de Sacramento, terrenos que le pertenecian, se ha visto despojado tambien de los *placers* situados alrededor de su fuerte. En su área edificó una ciudad, á la cual, puso su nombre; pero Sutterville, hoy en ruinas, fue abandonada por Sacramento. Modesto, aunque rico, el viejo capitán, ha ido á olvidar las injusticias de los hombres á su quinta en las márgenes de la Pluma. Este papel de soldado labrador conviene mas á su elevado carácter: ha dejado á los mineros los campos de oro que no alimentan á nadie, por los campos de trigo con que viven los hombres.

Llegados sin contratiempo á Sacramento, en seis horas de navegacion, solo tuvimos tiempo para pasar de nuestro vapor al *steamer Antelope*, que ya me habia llevado á la capital de California. Con la misma seguridad y complacencia con que habíamos bajado la Pluma, volvimos á bajar el Sacramento: entramos luego en la bahía y á la media noche, llamaba en el *International Hotel* de San Francisco, habiendo

hecho en vapor y en menos de diez y ocho horas, cerca de 80 leguas.

En San Francisco permanecí algunos dias y fui muchas veces al teatro. La ópera italiana y los teatros ingleses habian cerrado sus puertas, pero el teatro francés daba entonces una serie de dramas, zarzuelas y operetas. Allí iban á pasar el rato nuestros paisanos, á los cuales el alejamiento de la Puerta de Saint Martin, del Palais Royal ó de los Bouffes no permitia otra satisfaccion. El teatro de los *negroes* ó de los *minstrels*, estaba tambien muy concurrido. Ya se sabe que esta clase de espectáculos está muy en boga en los Estados-Unidos. Unos músicos pintados de negro cantan sobre un ritmo lamentoso, acompañándose

con instrumentos de forma especial, canciones que imitan las de los negros. Estos cantos van alternados de pasos cómicos, de danzas estrañas, de escenas grotescas en que el negro marron vestido ridículamente escita siempre la risa de los espectadores. Los pobres negros son únicamente los escluidos de este espectáculo, y nunca ha ofrecido la injusticia un carácter de egoismo mas vergonzoso.

El teatro chinesco da tambien sus representaciones y los actores llevan muchas veces á Pekin por línea recta. Ejecutan dramas desmesuradamente largos, comedias mezcladas de cantos bárbaros al compás de una música mas discordante aun. A veces representan escenas del ceremonial usado en la corte del Ce-



Trituración del mineral por el antiguo método mejicano.

leste Imperio. Los trajes de los actores son entonces de un lujo que ninguna nacion podria igualarlos.

Finalmente un circo ecuestre donde lucen sus habilidades buenas compañías de clowns, completa el cuadro de las representaciones que pueden gozarse en San Francisco.

Algunas veces se hacen exhibiciones de animales curiosos, y hay tambien una coleccion de fieras muy completa. En 1859 y 1860 dos elefantes sabios con los nombres de Victoria y Alberto, hicieron las delicias de California recorriendo todo el país. Victoria murió luego y se le rellenó de paja religiosamente para depositarlo en la Casa de fieras. Alberto se muestra inconsolable y se teme que vaya á reunirse con su tierna compañera. A lo menos así lo han anunciado, hace algunos meses los diarios del Pacifico.

Además de los teatros, hay en San Francisco representaciones diversas, entre otras, la sala de conciertos. La nueva sala ó *Musie-hall* es la mas frecuen-

tada, pudiendo contener hasta dos mil personas, y la disposicion particular del local como las luces se han combinado de manera que resalte en todo su esplendor la *toilette* de las damas.

Para la gente ordinaria, las tabernas y los cafés en donde se baila y canta abren todas las noches sus salas bajas y ahumadas. Los mineros y los marinos frecuentan estos establecimientos con ejemplar constancia.

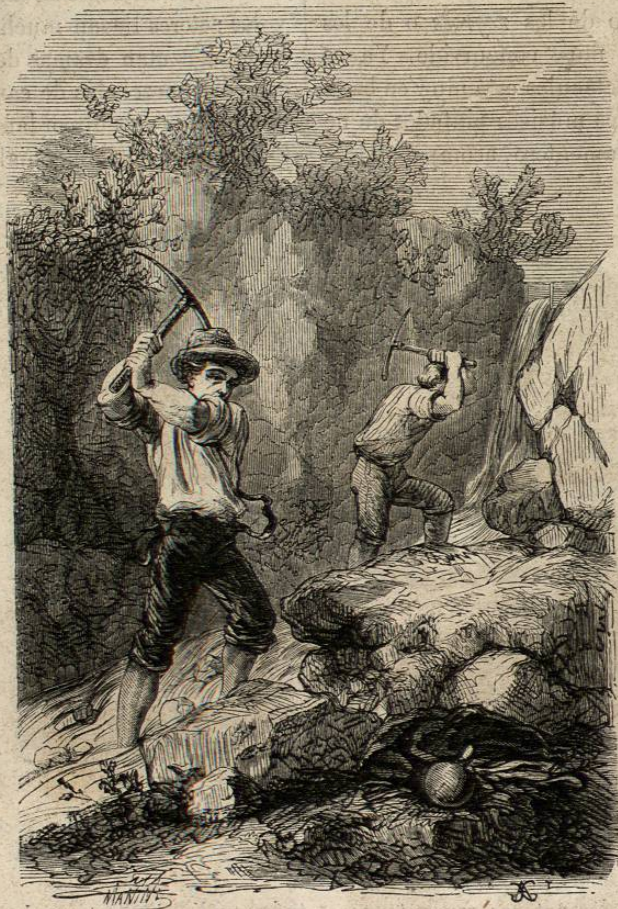
Mientras que yo me dedicaba en San Francisco á estas atractivas distracciones, fui espectador de una recepcion oficial que prueba perfectamente la sencillez de costumbres públicas de los americanos para que omita su relato. Era á proposito de la diferencia que existia entre el gabinete de Washinton y el de San James, sobre la posesion de la isla de San Juan. El general Scott fué enviado como árbitro por parte de los Estados-Unidos.

Scott no era joven: sus ochenta años bien cumpli-

dos y sus títulos á la estimacion pública hacian de él un padre conscripto tan venerable como glorioso. En los Estados-Unidos, donde la igualdad reina como soberana, se evita toda ostentacion y Scott, ministro plenipotenciario de la mas grande y poderosa nacion del nuevo mundo cerca de otra de las mas poderosas del antiguo, se embarcó á bordo de un vapor

público á su partida de New-York con solo un ayudante de campo. En compañía de los demás pasajeros toca en Aspinwall, atraviesa con ellos el istmo de Panamá en ferro-carril, con ellos se embarca en el Pacífico y todos juntos llegan á San Francisco una hermosa mañana de octubre.

A fin de no turbar el oficio divino que se celebra



Método chileno.

en tierra, por ser domingo, el general, que ha cumplido ya á bordo sus deberes religiosos, espera á bordo que pase la hora de los oficios, y entonces desembarca él solo. Algunos veteranos de la guerra de Méjico y unas compañías de la guardia nacional salen á recibirlo sencillamente: solo el cañon anuncia su arribo y una música militar celebra su entrada. El general conmovido reconoce entre los inválidos á sus compañeros de armas y en medio de los húsares negros, de la caballería ligera y de los fusileros californianos, halla una juventud ardiente, dispuesta á marchar á sus órdenes á la primera señal, si la patria está en peligro. Estos soldados de patillas y corbata saben manejar el mosquete y esto basta. Al lado de ellos forman los guardias franceses, mandados por antiguos solda-

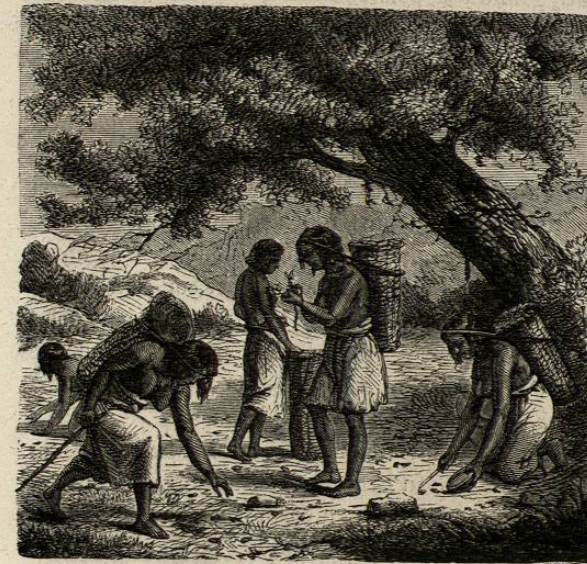
dos de nuestras guerras de Africa. Todo el pueblo ha salido á recibir á Scott sin que nadie haya faltado.

Terminada la revista, el general sube á su carruaje: del modesto vehículo, acaso de alquiler, tirados dos caballos desiguales y el cochero va algo menos de bien vestido. Al lado del ilustre viajero, cuya edad solo es digna de la atencion pública, aunque no lleva decoracion ninguna ni ningun rico uniforme, vá uno de los primeros funcionarios del pais en traje no menos sencillo, y de esta democrática manera recorren la ciudad. En la calle mayor la de Montgomery, el general pasa por debajo de un arco triunfal de un estilo de los mas primitivos, arco que se improvisó la víspera desde una á otra ventana frontera. Alrededor de este arco se entrelazan algu-

nas guirnaldas con los títulos de la victorias ganadas por el ilustre soldado. Los nombres mejicanos é indios que allí se leen indican quiénes fueron los enemigos batidos. El arco de triunfo y los cañonazos son todo

el lujo oficial desplegado en esta recepcion. Y todavía es posible que el entusiasmo de los ciudadanos, respetables siempre en América, haya hecho todos los gastos.

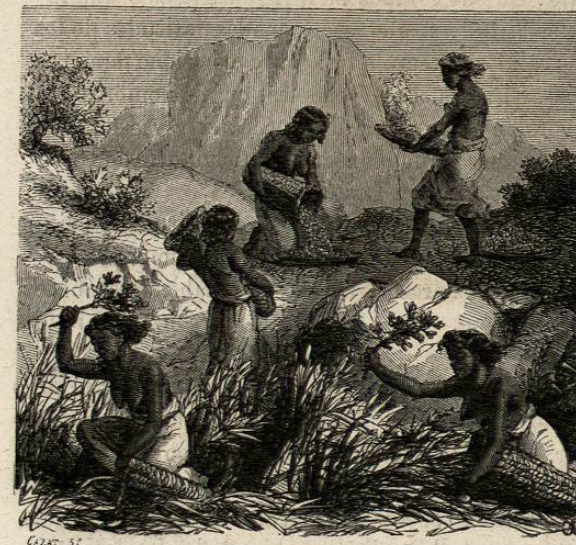
LA VIDA DE LOS INDIOS.



Recoleccion de las bellotas.



La caravana.



Recoleccion del maiz.



La choza y la cocina.

Continuando su marcha el cortejo, se agregan aun algunos guardias nacionales á pie y á caballo. Entre la multitud reconozco muchos franceses justificando con su presencia, bajo el cielo de la California, el amor de nuestra nacion por el esplendor de las fiestas públicas. A la cabeza marchan los zapadores y con ellos la música que puebla el aire de marciales ecos. Llamados por el ruido acuden de buena voluntad muchos ciudadanos á engrosar el número sin que

nadie los repela. Todavía los veo, vestidos de cualquiera manera de levita, de blusa, de paletot. Todos marchan con dignidad, con júbilo, con orgullo. Y para coronar esta fiesta de familia ningun *policeman* se ve en ella.

En medio de las frenéticas aclamaciones, repetidas á cada instante tres veces, segun la costumbre americana, se llega al hotel donde el general ha de alojarse. En todo el camino el viejo soldado ha saludado

galantemente al público, especialmente á las damas de los balcones, mostrando su cabeza blanca y su sereno rostro.

Algunos dias despues Scott partia para San Juan á bordo del vapor correo. Llevando un gran espíritu de conciliacion en un negocio ya agriado, no tuvo mas que presentarse para apaciguar los ánimos y fijar las condiciones de acuerdo con el representante inglés. A vuelta del vapor entró otra vez en San Francisco.

El infatigable anciano habia hecho por mar mas de tres mil leguas para cumplir su mision, y otras tantas tuvo que hacer para restituirse á Washinton.

Un pueblo en donde existe tal sencillez de costumbres es un pueblo serio que merece nuestra admiracion á pesar de sus defectos.

Hasta aquí he paseado al lector desde San Francisco á los condados del Sur y del Norte de California: réstame ahora describir las ciudades del litoral, y lo haré rápidamente, fiel al consejo del poeta que dice: lejos de agotar una materia, solo ha de cogerse la flor. Si, pues, quiere el lector seguirme en esta última peregrinacion, nos embarcamos desde luego á bordo del vapor que hace el viaje de la costa Meridional.

A 90 millas marinas de San Francisco fondeamos en Monterey en el fondo de una admirable bahía que frecuentan los balleneros. Monterey era ya un puerto bastante comercial antes del descubrimiento del oro, cuando San Francisco no existia aun. Estaba bajo la dominacion mejicana, y bajo la americana ha sido algun tiempo la capital de California.

En Monterey se reunió en 1849 la Convencion ó Asamblea nacional que dió su constitucion al nuevo Estado.

Monterey ha perdido mucho de su importancia de los admirables progresos de San Francisco. Está, sin embargo en una buena situacion y la vista de la ciudad es de las mas pintorescas principalmente en la primavera. Las colinas que la rodean se cubren entonces de musgo y flores y en lontananza una cadena de altas montañas, coronadas de sombríos pinabetes, terminan agradablemente este encantador paisaje marítimo.

Limítrofe del condado de Monterey está el de Santa Clara, donde están situadas las famosas minas de mercurio de New-Almaden, las mas ricas del globo. En el mismo condado hay que visitar á San José, su capital y sus verdes campos, como tambien á Santa Clara, que por sus establecimientos científicos y literarios ha merecido el nombre de Atenas del Pacífico. Las misiones de Santa Clara y de San José eran, con la de San Francisco, los lugares de delicias de los padres franciscanos, que han cultivado con amor, el suelo de todos estos parajes y adivinado los primeros la fecundidad de la tierra en California.

Alrededor de estas misiones se reunian con preferencia los indios catequizados.

De Monterey nos conduce el vapor á Santa Bárbara, otro puerto que por su nombre español falsea su origen mejicano. Aquí la vista del mar es verdaderamente grandiosa por las altas montañas de granito que cierran la perspectiva. La ciudad está en un delicioso valle y guarda aun mucho de su sello hispano-americano: una parte de sus casas están construidas con ladrillo crudo; y sus techos son de tejas. La severa apariencia de estas antiguas habitaciones contrasta singularmente con los edificios americanos casi todos de madera y contruidos con mucho gusto.

Santa Bárbara ha perdido acaso menos de su antigua importancia que Monterey, y es como en tiempo de los españoles el principal centro de las tenerías californianas. Sus cueros y pieles conservan siempre su fama. A algunas millas de Santa Bárbara hay una antigua mision de padres franciscanos.

Continuando nuestro rumbo en *steamer*, anclamos á 300 millas de San Francisco en la rada de San Pedro. Este sitio es poco nombrado, pero no muy lejos de él está situada la ciudad de Los Angeles fundada tambien por los españoles, y la mas importante de toda la California bajo el punto de vista de la agricultura. En sus campos bien regados y bajo una favorable latitud, nos ofrece todas las latitudes de los climas cálidos y templados: sobre todo tiene fama por sus ricos viñedos. Dos franceses, cuyos nombres son de favorable augurio, MM. Bordeaux y Vigne, fueron los primeros que plantaron, mucho antes de 1848, las primeras cepas en Los Angeles.

A una jornada de Los Angeles, está situada la ciudad de San Bernardino, donde los mormones, labradores y misioneros á la vez, se establecieron hace mucho tiempo, pero sin grandes resultados religiosos.

El puerto de San Diego en el último límite Sur de la California, no nos ofrece nada de particular que referir. Volvamos, pues, á San Francisco y en el mismo *steamer* que costea el litoral del Norte, hagamos nuestra última escursión marítima.

Entrando en el Pacífico y subiendo hácia el Norte, encontramos la bahía de Sir Drake, filibustero inglés famoso en otro tiempo. Despues descubrimos las ruinas de un establecimiento que los rusos habian edificado en la época en que hacian con los indios y los cazadores de estas comarcas el comercio de pieles, época ya lejana en que la California del Norte solo pertenecia á Méjico en el nombre. Despues de haber doblado el cabo Mendocino entramos en la bahía de Humboldt, el único punto verdaderamente interesante en la costa setentrional del Estado de California. Una docena de serrerías funcionan allí noche y dia para la esportacion de maderas de los vecinos bosques,

donde hay esos magníficos pinos blancos y rojos tan estimados en todo el Pacífico y que se llevan hasta la Australia y la China.

No lejos de *Humboldt-Bay* está situado el puerto de Trinidad, y en el límite Norte del Estado, el puerto de *Crescent City*, al que la esportacion de los *placers* de la playa dió cierta importancia en 1852. Pero esta ciudad no tiene de curioso otra cosa que su origen, y

sus alrededores están todavía habitados por los indios.

He descrito el Estado de California tal como lo he visto y no sé si la mayor parte de mis lectores conservarán siempre contra este pais las mismas preocupaciones que debian tener antes de comenzar á leer estas páginas. Yo de mí sé decir, que cuando abandoné esta afortunada comarca, no pude sustraerme á un gran sentimiento de tristeza. La América del Sur,



Molino chileno para triturar mineral de oro.

hácia la cual me dirigia, no me ha ofrecido en ninguna de sus viejas repúblicas nada que pueda compararse al joven Estado californiano. Yo quisiera hacer partícipes de mis sentimientos á mis compatriotas, porque en Europa y en Francia especialmente, se guarda aun la impresion producida por las narraciones de los primeros tiempos respecto á California. Se ignora generalmente que este Estado ha venido á ser un modelo. Si la emigracion francesa no se dirige aquí ya desde hace tiempo, la alemana, la irlandesa y sobre todo la americana toma siempre esta direccion y cada un año la poblacion californiana crece de quince á veinte mil habitantes. La California es, en efecto, para los *yankees* una verdadera tierra de promision. ¿Dónde encontrar ese clima escepcional, esas

minas inagotables, esas tierras tan fecundas? Salarios aun muy crecidos y aun una rápida fortuna esperan siempre al emigrado laborioso. Fáciles relaciones mercantiles se abren allí con todo el mundo; pues si por una parte la California da la mano á las Indias inglesas y neerlandesas, á la China, al Japon, á todo el archipiélago oceánico, á todas las colonias del Pacífico; por otra está en comunicacion diaria con todos los estados del Atlántico, del nuevo como del viejo continente. ¿Qué situacion geográfica mas favorable fue otorgada á mi pais naciente? ¿Qué colonia rival podria oponerse á este joven y vigoroso Estado, que ha embellecido con una estrella mas el pabellon de los Estados Unidos?

L. SIMONIN.